

# Cuentos sombríos

Samantha Lamariz



# Capítulo 1

## VISITANTE

Treinta años le bastaron para comprobar que, en efecto, la lluvia traía consigo los recuerdos de aquel fatídico día.

Tom abandonó el lecho helado en el que yacía anteriormente, sintiendo la ausencia pesarosa de la única mujer que había amado en su vida. Encendió un cigarrillo y lo colocó cual un arma mortal entre sus labios. Sabía de sobra que, en las florituras creadas por el humo del cigarrillo, se dibujaría el rostro distorsionado por el miedo de la pequeña cuyo nombre prefería mantener en el olvido. El corazón marchito se le iba deshojando dentro del pecho, donde él podía apreciar, sin mayor problema, el vacío abismal, oscuro y gélido que se explayaba en su interior.

Mantuvo la vista fija en la mota anaranjada ubicada al final de su cigarrillo. Una daga violácea partió las sombras en las que Tom se refugiaba, y seguido de eso atronó un relámpago a la lejanía. El hombre fue a sentarse al borde de la cama, envarado, percibiendo una presencia ajena y ominosa que hacia años esperaba impaciente.

Fue el graznido del cuervo blanco de ojos rojos el que lo espabiló. Se apresuró a abrir la ventana, donde el ave aguardaba con decoro, observándolo fijamente detrás del cristal henchido de gotas de lluvia.

El cuervo ingresó a la habitación.

—Mentiría si dijera que no te esperaba esta noche. —Los labios de Tom derramaron humo por la habitación, nublando la transformación de cuervo a demonio del visitante.— Te espero todas ellas.

El demonio tardó en darle respuesta, se ocupó en dejar su pesado saco negro en el perchero situado en la esquina. Taconeó con las pezuñas en la alfombra para desprenderse de los restos de agua impregnados a su cuerpo. El brillo de su mirada escarlata evocaba a un par de brazas siendo consumidas por el fuego.

—¿Me permites acompañarte en tu velada? Tom asintió al tiempo que el ciempiés flamante del miedo le recorría la espina dorsal.

Comenzó a sudar a raudales, sin importar el frío que se cernía sobre la habitación, pues el demonio emanaba un poco del calor de las llamas del infierno. El visitante se acercó, rasgando la alfombra con sus pezuñas negras. Señaló cordialmente el tramo de cama junto al hombre, éste

último entendió el gesto y asintió, meditabundo.

Tom le mostró la cajetilla de cigarros, ofreciéndole uno a su acompañante. El demonio se negó, comentando que el fuego del infierno ya le había llenado suficiente los pulmones de humo.

—¿Qué ha sido de ti, mi muy añejo amigo?

—Nada que tú no sepas, Blesk —replicó Tom—. Me casé poco tiempo después de conocerte y, seguido de eso, una avalancha de desgracias arremetió contra mí.

Blesk soltó una carcajada mordaz.

—¿Tan malo es el matrimonio?

—No me refiero a Sandra, ella fue el amor de mi vida.

Fue, repitió Blesk mentalmente, pensando en el concepto tan vacío y banal que tenían los seres humanos sobre el amor. Les resultaba tan débil aquel sentimiento que eran capaces de delimitarlo por el tiempo.

—Por favor, ilumíname entonces. ¿Qué fue eso tan terrible que aconteció, Tom? ¿Qué cosa más terrible pudo sucederte que lo que tú hiciste? La naturaleza perversa de la criatura afloró enseguida, no hubo tiempo de intercambiar oraciones cordiales donde las verdaderas intenciones se escondían bajo la lengua pérfida del demonio.

—Mi madre murió tres meses después de mi boda.

Blesk emitió una exclamación de pesadumbres preñada de burla. Tom se removió incómodo.

Tomó otro cigarrillo.

—¿Sabes qué es más terrible que la muerte de una madre? —Ambos conocían la respuesta.

El hombre permitió que fuese el demonio quien terminase su comentario hiriente.— La muerte de una hija, de una pequeña niña inocente...¿Cuál era su nombre?

—No lo recuerdo.

—Sinvergüenza, por supuesto que lo recuerdas —clamó Blesk, iracundo—. Pero ya que te niegas a admitirlo, permíteme refrescarte la memoria.

La habitación plantada frente a ellos se difuminó en acuarelas de colores opacos, Tom suplicó al demonio que se detuviese, pero éste lo ignoró de sobremanera. Reaparecieron en un viejo automóvil, las manos de Tom se aferraban al volante que conocía tan bien. Blesk descansaba a su lado, en el asiento del copiloto. Los árboles que circundaban la carretera iban quedándose atrás cada vez con más celeridad mientras el vehículo aumentaba la velocidad.

—¡Basta, Blesk! —rugió Tom.

—Ahí viene Sofía.

—¡Blesk, te lo ruego, detente!

—Tú debiste detenerte, Tom.

El hombre intentó frenar cuando la menuda silueta de una niña se atravesó a mitad de la carretera, las llantas patinaron en el asfalto húmedo por la lluvia copiosa que no cesaba. El vehículo se impactó contra la pequeña, cuyo cuerpo salió volando seis metros y cayó con un golpe sordo en el concreto.

Tom y Blesk aguardaron en el auto, observando cómo el Tom de ese entonces bajó del vehículo. Las piernas le flaqueaban, las manos trémulas apenas pudieron rozar el cuerpo destrozado de la niña. Segundos después los alcanzó una mujer que, desgarrada ante la visión de hilos rojos extendidos alrededor de su hija, cual un sol sanguinolento, prorrumpió su nombre: ¡Sofía! Con las manos ensangrentadas el hombre regresó al vehículo, sabiendo que no podía hacer nada ya por la vida de la niña. La madre corrió hacia ella, volviéndose ferozmente en busca del rostro del asesino de su hija. Sus miradas se entrelazaron, ella iría tras él, eso estaba claro.

El demonio los materializó nuevamente en la lóbrega habitación. Tom no podía ni mirarse al espejo que tenía en frente. Hipaba, comprimiendo su cuerpo en posición fetal, tendido en el suelo.

—Sabes lo que vino a continuación, Tom —prosiguió Blesk—. Tú me invocaste, me pediste de rodillas que extrajese el recuerdo de tu rostro de la mente de aquella mujer, para que nunca nadie te encontrara y te hiciera pagar por tu error. Pero, como bien sabes, uno siempre paga sus pecados. Y yo te lo dije, te advertí, que vendría por ti, y como puedes notarlo, aquí estoy.

El hombre no paraba de temblar, naturalmente amedrentado.

—En verdad lo siento —chilló, casi ahogándose en sus propias palabras—.

Yo no quise herirla, realmente no quería matarla.

—Tom, yo sé de sobra que no querías matarla, pero lo hiciste.

—¡No quiero ir al infierno! Los aullidos de Tom fueron acompañados por el tronar de los relámpagos. Blesk lo contempló, dubitativo.

—Bien— exhaló, condescendiente—. Te propongo dos opciones. La primera es ir a pagar tu condena en las zarpas del infierno junto a mis hermanos, donde recibirás un castigo digno de tus acciones.

—¿Y la segunda?

—La segunda opción es que mueras y encarnes una vez más en un cuerpo mortal que estará destinado a una vida de tormentos, una vida cargada de dolor. Una vida en la que te preguntarás constantemente qué fue lo que hiciste para que las desgracias te avasallen día y noche.

El hombre no vaciló.

—Elijo la segunda opción, Blesk. La segunda.

Blesk suspiró, disgustado.

—Y pensar que fui tan iluso que creí que en esta ocasión tomarías la decisión correcta.

—¿De qué estás hablando? Es la primera vez que me lo preguntas  
—farfulló Tom.

—Esta es la cuarta vez que te lo pregunto, y es la cuarta vez que eliges la segunda opción.

## Capítulo 2

### EL TRAJE

Apreció el rostro lívido dentro del féretro de cristal negro lustrado, la expresión era la misma, impertérrita. ¿Qué más daba que estuviese dentro de un ataúd? Su padre estuvo muerto en vida, siempre ensañado en resolver problemas ajenos mediante el cumplimiento de la ley, engalanado con trajes tan funestos como el que lucía ahora.

Las últimas palabras que aquel hombre le dedicó a él, su hijo, salieron de sus labios preñadas de indignación al tiempo que la mirada anublada se encendía en una llamara violácea: Un escritor jamás se podrá a comparar con un hombre de leyes. Por mí muérete de hambre, Ernesto. A esta casa no regresas sin el título de abogado...

Los presentes, dispuestos en un corro que circundaba el féretro, hipaban y ahogan los sollozos en sus pañuelos de lino, mientras que Ernesto permanecía apacible, incapaz de derramar una sola lágrima. Se esforzó por mantenerse allí, de pie junto a los demás, no obstante, anhelaba aflojarse la corbata y liberarse de la incomodidad del saco que se ceñía a su abdomen. En su desesperación por desvanecerse, llevó los ojos ansiosos a cualquier otro sitio que no fuese el cuerpo inerte de su padre, y se encontró con la posesión más preciada del difunto. En una vitrina de cristal, colocada en el recoveco situado en el fondo, se exponía ilustre el traje de su padre.

Quiso soltar una carcajada mordaz, sin embargo, el decoro, bien aprendido de la madre, lo privó de semejante ofensa, por lo que se limitó a recorrer la tela marrón carente de arrugas que constituía el traje preferido del abogado; se vio envuelto entre las franjas blancas y tintas que recorrían la corbata que hacía juego, y esa maldita camisa blanca, tan pulcra, tan correcta.

Sintió que unos dedos se asían a su brazo y lo deslindaban de la cadena de personas forjada alrededor de su padre. El alivio lo inundó al entrelazar su mirada con aquel par de ojos cetrinos y humildes, tan distintos a los de su progenitor. Su madre lo abrazó con la ternura contenida de todos esos años. ¿Hacía cuánto que no veía a su muchacho?

Hijo y madre se alejaron de la multitud para ir a sentarse y acompañarse el uno al otro en su desdicha, más él a ella, a quien le escurría el sufrimiento por el semblante arrugado. Los labios iban curvados hacia abajo, era como si sonriera al revés. Duraron un buen rato en silencio hasta que Ernesto decidió preguntar aquello que le calcinaba el

pecho:

—¿Por qué no lo enterraron con el traje?

El traje, ni siquiera había que definirlo, esas dos palabras bastaban para evocar las prendas marrones, la corbata rayada y la camisa blanca.

—Él me dijo que no lo hiciera —replicó la madre, la voz ronca resquebrajada le caló los huesos a Ernesto.

—¿Ese fue su ultimo requerimiento antes de morir? —se burló, intentando sosegar la densidad del ambiente.

La mujer negó lentamente con la cabeza, las manos artríticas fueron a dar con las de su hijo. Lo miró.

—No, ya muerto. Se me apareció cuando estaba haciendo los arreglos del funeral. Me dijo que ese traje ya no es de él, que ahora es tuyo.

Ernesto no puso en duda la respuesta de su madre, puesto que él la conocía lo suficiente para saber que no mentía y que no estaba loca. Le enfureció el hecho de que el espíritu de su padre lo siguiera, adherido a ese maldito traje.

—No lo quiero.

—Fue su última voluntad, Ernesto —el llanto se desbordó de las lucernas de su madre—. Te lo suplico, llévatelo contigo.

Fastidiado por el hecho de tener que cumplir con la demanda de su padre muerto, aceptó.

Llevó el traje a su casa, y una vez ahí le entró la inmensa curiosidad de develar su apariencia con él puesto. Se cambió fugazmente, la tela le era tan ajena como lo sería la piel de lobo para un perro, pero sin importar su incomodidad prosiguió. Apenas terminó de ajustarse la corbata fue a verse en el espejo. Era la viva imagen de su padre, cualquiera que lo viera pensaría que se trataba de una aparición.

No se molestó en cambiarse, anduvo con el traje el resto de la tarde, y ya bien entrada la noche fue a su estudio a ver si podía concluir ese cuento en el que había estado trabajando. No advirtió el momento en que sus dedos sacaron de la estantería aquel libro de derecho civil, el mismo cuyo contenido encontró tan tedioso que lo inclinó a abandonar la carrera

de leyes hacía más de veinte años y ahora contemplaba fascinado.

## Capítulo 3

### SOMBRA

La puerta del armario se abrió puntualmente a las seis de la tarde. El chirrido agudo espabiló a Graciela quien, sumida en las líneas emborronadas de un libro añejo de poesía, alzó la vista, entornó los ojos y contempló desde la distancia la oscuridad que se cernía sobre su habitación. Retuvo el aliento un buen rato, incluso sintió que el corazón se le oprimía dentro del pecho y derramaba lágrimas de sangre. Entonces la vio, una vez más la silueta desdibujada a la que jamás pudo otorgarle un rostro, apareció. Avanzó sigilosa, reptó por la alfombra cuadriculada y se posó en el sillón junto a la mujer.

El aullido del viento le arrancó una exclamación de terror a Graciela, mientras que la silueta se removió incómoda e impaciente, como sin saber qué hacer a continuación. En la casa se explayaba un mutismo lacerante; el gato no estaba, siempre salía durante las dos horas que la invitada no deseada hacía acto de presencia. De todas formas prefería estar sola, no hubiera sabido explicar los acontecimientos desastrosos que se desencadenaban cada vez que la silueta sufría un abrupto cambio de humor.

A Graciela le dio la impresión de que aquel día estaba tranquila, respiraba sosegadamente y no pronunciaba vocablo, puede que esa misma haya sido la razón por la que le ofreció una taza de café.

—Ansiedad— la silueta mudó su postura a una encorvada y tensa.—Ansiedad.

—Entonces un té. ¿Te apetece un té? A mí me gusta mucho el té, pero eso ya lo sabes...—Graciela no se atrevió a decirle que necesitaba beber algo para soportar su estadía temporal.—Bien, iré por té.

Interpretó el silencio de su acompañante como un sí. La mujer se puso de pie y planchó con las manos su retaguardia para despojar su vestido de cualquier arruga. Fue a la cocina y preparó el té de hierbabuena que tantas veces logró aplacar los escalofríos que recorrían su espina dorsal, cual un ciempiés flamante, al tiempo que recordaba la vez en que pasó por alto la negativa de la silueta en beber café e insistió en que le hiciera segunda. Tras ese pequeño acto osado la otra perdió la compostura y las cortinas de su habitación ardieron hasta reducirse a cenizas, además de sus prendas favoritas y una que otra fotografía de viejos amigos. Nunca

volvió a insistirle a la silueta que cambiase de opinión.

—Tómalo con calma, está muy caliente.

Colocó la taza en la mesita frente a ella y la silueta se dispuso a absorberla por medio del humo que expelía el té. Graciela tomó una bocanada de aire sofocado y se dispuso a beber su té de igual manera. No debieron pasar más de diez minutos para cuando la invitada comenzó a llorar, permitiendo que sus lágrimas se vertieran en la tacita todavía medio llena. El rumor del llanto inundó la sala, y poco a poco fueron descendiendo gotas de nubarrones atraídos por la silueta, mismos que se materializaron sin previo aviso sobre la cabeza de la mujer. Nuevamente estaba lloviendo dentro de la casa.

—¿Quieres que ponga música? A ti te gusta la música, siempre te hace sentir mejor.

La silueta continuó su letanía sin dar respuesta, por lo que Graciela se quedó inmóvil y apacible durante un buen rato, sintiendo cómo se le empapaba el vestido azul y las calcetas blancas que lucía esa tarde. Así estuvieron alrededor de una hora, hasta que la silueta cesó su llanto y se colocó en posición fetal sobre las piernas caladas de ella. La mujer intentó acariciarla, no obstante, su mano repasaba el aire, la nada; la silueta no poseía una figura corpórea y Graciela se encontraba impotente ante la falta de tacto. ¿Cómo podría aliviar su dolor si era incapaz de fundirse con ella en un abrazo? ¿Cómo podría limpiar sus lágrimas si no reconocía en aquella humareda un par de ojos?

Los siguientes veinte minutos estuvieron muy tranquilas, calladas y quietas, entonces a Graciela se le hincharon los pulmones de ilusión al creer que podría dialogar con la silueta acerca del asunto que le carcomía el alma hacía semanas, pero cuando un relámpago atronó en el exterior, la visitante tembló y estalló en un alarido que resquebrajó las paredes creando grietas que simulaban cicatrices negras. Graciela hizo lo posible por contener el miedo de la silueta, mas fue en vano, ésta gritaba incesante y daba vueltas histérica por toda la planta baja, destrozando a diestra y siniestra los espejos y las lámparas.

La mujer se abstuvo de decirle algo, sin importar lo mucho que deseaba gritarle que se callara y la dejara tranquila, que dejara de aparecer todas las tardes por el armario y que se fuera a molestar a alguien más, puesto que ella ya tenía suficientes problemas.

Permitió que la silueta se paseara con toda libertad por su morada, gritando, pataleando y, por supuesto, llorando, pues sabía que apenas dieran las ocho se esfumaría por el mismo armario y no la volvería a ver sino hasta el día siguiente, y fue exactamente así. Apenas el reloj marcó las ocho, la silueta se escurrió a la habitación de Graciela, abrió la puerta

del armario y desapareció, dejando una estela de melancolía.

El gato vino más tarde, se acurrucó en el regazo de su ama y escuchó sin inmutarse la risa nerviosa de la misma; esa risa que denotaba más hastío que gracia.

—No he podido decírselo, Miko, no he podido decirle que vendrá Néstor a visitarnos— acarició el lomo atigrado del gato mientras relataba su desdichas. La mirada agrisada recorría las grietas creadas por la silueta minutos atrás, ¿cómo explicaría las condiciones en las que se encontraba su casa? ¿Acaso tendría que hablarle a Néstor sobre el vendaval que se desataba en el interior de sus paredes de seis a ocho diariamente? —.Será mejor que consiga una buena excusa para retrasar su visita y arreglar todo este desastre, o quizá lo mejor sería fingir que estoy enferma, ¡qué sé yo!

Se fue a acostar dispuesta a desvanecer sus penas en el sueño. Con la cabeza hundida en la almohada se puso a recordar el día en que conoció a Néstor. Pensó en la fascinación que tenía por su mirada avellanada, sus labios delgados, su nariz perfilada y sus mejillas sonrosadas; recordó con adoración su tez morena, sus cejas gruesas y el timbre suave de su voz. Al evocar su voz se vio envuelta en una dualidad tormentosa, pues adoraba las palabras que aquel hombre le dedicaba, mas tenía que responder a su insistencia en cuanto a pasar una tarde entera juntos en su casa.

Néstor conocía la casa de Graciela, pero siempre debía marcharse a eso de las cinco, incluso antes. La mujer comenzaba a tartamudear y soltar excusas incoherentes que, paulatinamente, fueron generando en el hombre una desconfianza irracional que necesitaba aplacar de una vez por todas, y la forma que encontró para solucionar el conflicto fue proponerle a su querida novia una tarde de películas y cuando anocheciera salir a cenar. La cita se había pospuesto varias semanas y Graciela ya no tenía escapatoria, Néstor se veía más alterado conforme discurrían los días, si se la ingeniaba para volver a cancelarle el romance se vería severamente perjudicado, incluso llegó a considerar la ruptura.

Sin poder conciliar el sueño encendió un cigarrillo. De sus labios ascendía una espiral de humo que creaba figuras abstractas en el techo, figuras sin rostro, figuras que le recordaron a la silueta. Echó la mirada fugazmente al armario, la puerta estaba cerrada, y la silueta quien sabe donde. Así como no sabía dónde se resguardaba después de atormentarla, tampoco sabía de dónde había venido. Lo único que conocía de su visitante era el horario que manejaba y el día en que llegó. Apareció un cuatro de octubre, en el segundo aniversario de la muerte de su madre. Graciela tenía doce años, acababa de ingresar a la secundaria, y desde ese momento tuvo que reservar esas dos horas para atender las necesidades

de la impredecible presencia que la atosigaba.

Esa noche, cuando Graciela se hubo quedado profundamente dormida, ocurrió un hecho insólito. La puerta del armario se abrió y de ella emergió la silueta, misma que recorrió con pasos calculados la distancia que había entre el armario y el lecho de la mujer dormida. Se sentó en el borde sin hacer el menor ruido. Se quedó allí un par de horas, escuchando la respiración angustiada de aquella que dormía.

—Quiero irme— susurró la silueta, extenuada y melancólica—.Ya no quiero estar aquí— sollozó.

Graciela necesitó una semana entera para reunir el valor de decirle a la silueta que tendrían compañía el viernes por la tarde, ésta se lo tomó bastante mal. Explotó en cólera y extendió su ira por los corredores y las habitaciones, reduciendo a cenizas todo lo que fuese de tela o lino. Sus gritos rompieron los ventanales de la cocinas y su llanto se desbordó no solo por sus ojos invisibles, sino que los grifos, los escusados y las regaderas estallaron hasta convertir la casa en un auténtico chapoteadero.

—¡Basta!— clamó Graciela, pero su autoridad era tan poca que la silueta soltó una risotada ante su orden.—¡Ya cállate! ¡Me tienes harta! No importa lo que hagas, Néstor vendrá y tú te vas a comportar, me encargaré de eso.

Los días posteriores la mujer se empeñó en dar con la solución, creyó que, tal vez, si cerraba con llave el armario la silueta no podría salir, o quizá si prendía un sirio mantendría a la presencia alejada, puesto que muchas veces llegó a considerar que se trataba de un demonio. Dos años atrás el padre Aurelio vino a bendecir su casa, no obstante, la silueta siguió apareciendo, así que descartó esa opción.

El día nada esperado, Graciela optó por cerrar la puerta del armario y la de su habitación, además se esforzó por mantener a Néstor lo más alejado posible de la sala y la cocina destrozadas. Lo mantuvo en un cuarto contiguo al que casi nunca iba, y por consecuente la silueta tampoco. Se trataba de un recinto tranquilo en donde reposaban dos sillones y un mueble que sostenía una televisión, era lo necesario para una tarde de películas. Encendió velas aromáticas al tiempo que farfullaba nerviosa un montón de sandeces que no venían al caso. El hombre la miraba extrañado.

—Cariño, ¿está todo bien?

—Sí, sí, todo está de maravilla, ¿por qué?— la aflicción que reflejaba su tono preocupó de sobremanera a Néstor, sin embargo, Graciela no le dio tiempo de hacer preguntas. Lo sentó de un empujón en el asiento y encendió la televisión—. Elige una película, iré por botana.

Salió presurosa del sitio y fue a revisar su habitación, faltaban pocos minutos para las seis y ya podía sentir el sudor impregnando su piel. Regresó tan pronto verificó que la cerradura no fallaba.

—¿Y la botana?— inquirió Néstor al ver que Graciela llegó con las manos vacías.

—¿Q-Qué?— estaba tan inquieta que la pregunta de su amado se quedó flotando en el aire, suspendida en algún punto del espacio tiempo.

—Ay, Graciela, ¿qué sucede contigo? Yo mismo iré por la botana...

—¡No!— el aullido de Graciela sólo logró incrementar la curiosidad de Néstor.

Antes de que pudieran iniciar una discusión las paredes temblaron y se escuchó semejante estruendo allá por el corredor que la pareja no pudo evitar entrelazar sus manos, amedrentados.

—¿Qué fue eso?!

—Nada, nada, los vecinos.

Un grito desgarrador se filtró por debajo de la puerta de la habitación de Graciela y terminó por arañar los sillones donde anteriormente se había sentado el hombre. Bastaron un par de minutos para que la silueta se presentara ante ellos, enfurruñada.

—¡Te dije que te quedarás en el cuarto!— reclamó la mujer, tan enojada que se olvidó de la presencia de Néstor.—¡Vuelve a refundirte en el maldito armario!

Graciela manoteó histérica, pataleó y azotó su pie izquierdo contra el suelo, y lo único que la silueta hacía era imitarla, repitiendo cual un espejo cada uno de sus movimientos. La mujer lloró y gritó sin contención alguna. Néstor la contemplaba anonadado, sin duda lo que más lo impresionó fue la fusión caótica entre la silueta y Graciela.

La silueta pasó de ser una figura difusa y emborronada para amoldarse al cuerpo de Graciela y transformarse en su sombra.

## Capítulo 4

### **UN REGALO DE NAVIDAD**

**PARA: LOS NIÑOS MUERTOS**

**DE: LOS NIÑOS VIVOS Y EL KRAMPUS**

Me encuentro apretujado en el corro de ánimas infantiles que vitorean al demonio, quien nos absorbe con sus ojos negros al tiempo que en ellos brilla el anhelo de satisfacer nuestro único deseo: un cuerpo.

Al cruzar al mundo de los vivos todos soltamos un suspiro de añoranza, y más aun cuando el Krampus nos permite ir a merodear por las calles, en busca de nuestros regalos. Nos da la libertad de perdernos en la negrura de la noche y volver a la mañana siguiente con el nombre y la dirección correspondiente. Y de ahí solo queda esperar el día de recibir nuestro obsequio.

Es hoy... En el centro de la habitación descansan desparramados nuestros juguetes, esos cuerpos con los que podremos jugar que estamos vivos otra vez, y que tendremos que desechar cuando comiencen a apestar.